



SOBRE LA MARCHA

Francisco Javier Sanz Casado

SOBRE LA MARCHA



Primera edición: marzo de 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Francisco Javier Sanz Casado

ISBN: 978-84-19151-70-4

ISBN digital: 978-84-19151-71-1

Depósito legal: M-7554-2022

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

I

La mujer, al sentir el tintineo de la campanilla en la puerta de entrada, levantó la mirada del suelo que estaba fregando. Aquel hombre debía de andar más cerca de los cuarenta que de los treinta. Bien parecido, con el pelo corto, vestía un pantalón de pana beige y jersey a juego que dejaba ver el cuello de una camisa azul claro. Una indumentaria clásica y de buen corte —pensó—, que delataba a una persona de posición superior a la que de ordinario se alojaba en el hostel.

—Buenas tardes —el viajero se aproximó al pequeño mostrador.

—Buenas tardes —la mujer dejó la tarea, se alisó la bata blanca y pasó por detrás del mostrador—. Bienvenido. ¿Tenía usted reserva?

—Hablé ayer con un hombre y me dijo que no había problema. Me llamo Alberto Valverde. Supongo que lo apuntaría...

—Sí, aquí está anotado. Dos noches, ¿verdad?

—En principio sí. No obstante, el hombre me comentó que, si deseaba alargar la estancia, hasta el Jueves Santo tenía habitaciones disponibles.

—¿Ha decidido coger alguna noche más?

—La verdad es que todavía no. He venido para conocer la comarca y, al menos sobre el papel, con dos noches tendría suficiente. Otra cosa es que me guste lo que vea, no me resulte aburrido y me anime a quedarme una o dos más. Viajando solo hay que llenar el tiempo con novedades; si no, se puede hacer largo.

—Ya verá cómo esto le gusta. El paisaje está muy verde y, si no hace muy malo, apetece andar por los caminos y campos. Además, no es porque yo se lo diga, pero se come estupendamente. Por cierto, ¿va a cenar esta noche en el hostel? Se lo digo porque no hay más huéspedes que unos camioneros que cenan pronto. Mañana madrugan y me han pedido que sirva la cena a eso de las ocho.

Alberto miró el reloj. Eran las seis y media.

—He comido un poco tarde, a la salida de Burgos, y no sé si para esa hora tendré hambre. Además, soy de poco comer. No quisiera molestarle para que abra la cocina hasta más tarde si encima no le voy a hacer mucho gasto. Puedo darme una vuelta por el pueblo y picar algo en un bar.

—Por Dios, por eso no se preocupe. Como si es una tortilla. La cosa es que usted se quede satisfecho.

—No me deja más remedio que decirle que sí. Sobre las ocho me dejo caer y ya veremos.

—No se arrepentirá. Ya sabe que el comer y el rascar todo es hasta empezar. ¿Me deja su *carnet* para hacerle la ficha?

La mujer comenzó a escribir en el ordenador—. Le voy a poner en la habitación doce. Como da hacia atrás

es más tranquila y por la mañana tiene unas vistas bonitas de los montes. Solo que no tenemos ascensor y tendrá que subir y bajar hasta el segundo piso.

—No importa, creo que lo resistiré —Alberto esbozó una sonrisa que fue correspondida.

Con las llaves en la mano, subió la bolsa de viaje en la que no llevaba ni el calzado ni la ropa de abrigo que había dejado en el maletero del coche. La habitación era amplia, más de lo que hubiera imaginado, estaba limpia y, aunque con modesta decoración, la pulcritud de las cortinas y su buen gusto y sencillez la conferían un ambiente acogedor. La ventana, en madera con cristal doble, garantizaba un buen aislamiento de las inclemencias del tiempo y de los ruidos indeseados. Una televisión con mando a distancia era el detalle más moderno. El baño también tenía la suficiente amplitud como para no sentirse agobiado. En resumen, se podría permanecer allí algo más que las estrictas horas del sueño.

Deshizo el equipaje y colgó las camisas de las perchas. Enchufó el cargador de las pilas de la cámara y se tiró encima de la cama para relajarse. Cuatrocientos kilómetros, con las paradas para visitar las iglesias de Sedano, terminaban por pasar factura. Había sido un día lleno, como le gustaban, sin tiempo para pensar: ver, moverse, ver, moverse, parar a comer, casi engullir y, otra vez, a la carretera. Lo peor de esos viajes era quedarse a solas en la habitación. Al menos, el cansancio debilitaba los pensamientos. Un buen rato después, con el cuerpo empezando a reponerse, su mente se puso

a trabajar: Antes de cenar estudiaría la ruta del día siguiente; mejor dicho, volvería a ella como pasatiempo porque realmente se la sabía de memoria; pondría la tele para que hiciera ruido y compañía y así, con un poco de suerte, se llegarían las ocho y media. Había decidido demorarse hasta esa hora; los camioneros seguirían cenando y la cocina estaría todavía abierta. Calculaba una hora para cenar, justo para salir a deambular por las calles y tomar en alguno de los bares un descafeinado que no le impidiera conciliar el deseado sueño. Las once sería una buena hora para estar en la habitación y escribir en la libreta las impresiones del día, costumbre que había adquirido en los últimos años como complemento a los reportajes fotográficos. Luego, cuando contemplara las fotos, recordaría mejor las anécdotas o pequeños detalles que habían jalonado la jornada.

Bajó a la hora prevista, pero, para su sorpresa, los camioneros ya estaban tomando el café.

—Buenas noches. Que aproveche.

—Muchas gracias. No le decimos que si gusta porque ya hemos terminado.

—Pronto cenan...

—A ver. A las cuatro hay que salir.

—Pues sí que se levantan temprano.

—Por narices. Hay que estar a las siete descargando en Bilbao.

—¿Y son capaces de dormirse ahora mismo?

—Este sí. Yo daré algunas vueltas, pero también caigo rápido.

—Pues créanme que les envidio. No por lo de madrugar, sino por lo de dormir. Aunque sepa que tengo que levantarme a las cinco, soy incapaz de coger el sueño antes...

—Porque no tiene usted costumbre...

—Por favor de tú...

—Bueno... Como te decía, porque no tienes costumbre. Con los horarios que gastamos, en cuanto tienes oportunidad la aprovechas. Es como con las mujeres. Que se pone una a tiro, pillas, que luego vete a saber... —se echaron a reír. En esos momentos entró la mujer en el comedor con cara seria.

—¡A saber qué picardías estaríais diciendo al señor Alberto!

—María, que tú sabes que somos de buena ley. Es sano echar unas risas.

—Tienen razón, la biblia dice que ganarás el pan con el sudor de tu frente y no recuerdo cuantas cosas más, pero no dice nada sobre que no te puedas reír para hacerlo más llevadero —Alberto se metió de lleno—. María, porque ese es su nombre ¿no? Anímese, que el buen humor ayuda mucho. No le voy a dar guerra; con un par de huevos fritos tengo bastante.

—Ya le dije que no es molestia. ¿De verdad que no quiere nada más?

—De verdad, no soy como estos señores que deben coger suficientes fuerzas para lo que les espera mañana. Con algo para no despertarme a medianoche con hambre me basta. Y una copa de vino, por favor.

—Ahora se lo preparo —salió hacia la cocina.

Los camioneros la siguieron con la mirada.

—No me importaría...

—Calla, que María no es para ti. Menuda suerte tiene su marido. Se debe poner las botas por las noches. ¿Qué te parece...? ¿Alberto...?

—Sí —asintió Alberto—, la verdad es que la chica debajo de esa bata debe de tener unas formas encomiables.

—Enco... ¿qué?

—Perdonadme, a veces soy un pedante. Vaya, otra vez, vamos, que estoy de acuerdo con vosotros, que la chica está de muy buen ver. Por lo que decís, está casada...

—Sí, su marido atiende el hostel algunos ratos por el día y por la noche a ella —volvieron las carcajadas—. Dos hijos la ha hecho ya.

—Es joven. ¿Sois de la zona? Parece que la conocéis bien...

—¡Quia! Somos de Madrid, pero como este porte lo hacemos a menudo, nos hemos acostumbrado a dormir aquí. Es más barato, y la María siempre te alegra la cara y, ya que no puede ser otra cosa, al menos tiene buena mano para la cocina.

María regresó trayendo un plato con los huevos fritos, bien rodeados de patatas y pimientos verdes, y el adorno de una tajada de lomo. Alberto no se acostaría sin probar las costumbres del lugar.

—Espero que le guste. Ahora le traigo el vino, ¿de la casa?

—Si no le importa, preferiría una copa de algún Crianza que tenga a mano.

—Bueno, Alberto te dejamos cenar. María no está de buen humor y mañana hay que abreviar —los camioneros se levantaron de la mesa y se dirigieron al mostrador—. María haznos la cuenta.

—Ahí la tenéis. Cuando bajéis a desayunar en una mesa encontraréis, como siempre, un termo con café y unas madalenas. La llave me la dejáis donde pueda verla.

Alberto daba cuenta de la cena. Desde luego era sabrosa. Su sencillez no ocultaba la bondad de los productos: huevos colorados, patatas fritas en aceite nuevo, pimientos verdes carnosos y un lomo como el que recordaba de la matanza casera. Mientras, los camioneros terminaron de ajustar la cuenta y se despidieron con un «buenas noches».

—Debe usted perdonarles. Son un poco brutos pero buena gente. Vienen desde hace ya casi dos años y siempre han pagado bien y nunca dan escándalo. Fíjese que cuando se han pasado un poco de bebida, en lugar de ponerse a armarla, les da por dormir —María intentaba justificarles.

—¿Por qué perdonarles? Todo lo contrario, el escaso rato que hemos hablado me ha servido para amenizar la velada. Y se ve que son fieles a su establecimiento. Eso es porque les trata bien. Debo decirle que ha sido un acierto cenar aquí. Este plato está estupendo. Terminaré enseguida.

—No, por Dios, no tenga prisa. Yo tengo que salir a casa que está aquí al lado, por la cena de los niños. Pero

vuelvo en media hora a recoger todo y preparar lo del día siguiente. Mire, tenga esta llave por si quiere salir a pasear o lo que sea. Cierre la puerta principal. Por esto no se preocupe; como le he dicho, vuelvo en un rato y lo limpio todo.

—¿No trabaja mucho? ¿No le ayuda nadie?

—En verano, que está muy concurrido por los hijos del pueblo que vienen a pasar las vacaciones, o para los puentes de Madrid, tengo una chica. Pero para el resto del año nos apañamos solos porque tampoco hay tanto lío. Algo más los fines de semana. Entre medias, los camioneros, algún viajante, que digo yo estará despistado, y bueno, muy de vez en cuando aparece alguien como usted.

—¿Como yo? ¿Qué quiere decir? ¿Tan raro soy?

María se ruborizó y bajó los ojos mientras movía nerviosamente el paño que llevaba en las manos.

—No, no es usted raro, es que, es que... —no le salían las palabras—. Bueno... Que se ve que por lo menos debe de ser usted ingeniero o algo así y, la verdad, se me hace extraño que haya venido hasta este lugar. Aquí no hay tiendas, ni teatros, ni nada de lo que hay en la ciudad. Seguro que viene por la obra del pantano que se oye van a hacer, ¿verdad?

—Siento desilusionarle, María... No soy ingeniero y no tengo nada que ver con ninguna obra. En realidad, como le dije esta tarde, es un pequeño viaje de turismo. Esta comarca la conocía de paso, camino del Cantábrico. Siempre me quedó la cosa de dedicarla unos días. Tiene

muchas iglesias románicas que quería visitar, disfrutar de sus paisajes y, cómo no, tratar con sus gentes. Ha surgido la oportunidad y, aunque las previsiones del tiempo no son muy halagüeñas, me he decidido. Aquí estoy.

—Si yo pudiera, me escaparía unos días de este pueblo... Me iría al mar, pero no al del norte, que siempre está nublado. Llegaría hasta Alicante o Málaga o a una de esas islas que se ven en la tele. ¿Usted prefiere venir a este fin del mundo? —Alberto, iba a contestar, pero María prosiguió—. Perdóneme, Alberto, no soy quién para meterme con sus gustos. ¡Huy! Se me hace tarde. Tengo que ir a dar la cena a los chicos. Usted siga a lo suyo y, si sale, recuerde la llave. Adiós.

Se dio la vuelta rápidamente mientras se quitaba la bata que dejó descuidadamente en una mesa. Tenían razón los camioneros: algo más que una buena figura se escondía debajo del ajado vestido. Alberto se quedó pensando en la virtud que tenían los cuerpos bien conformados para transmitir imagen de belleza y armonía, aunque la vestimenta que los cubriera no fuera elegante. La imagen de María le recordaba aquella película italiana, «Pan, amor y fantasía», donde la Loren —¿o era la Lollobrigida? Bueno, daba lo mismo...—, hacía un papel de chica pobre del pueblo, míseramente vestida, descalza, pero que eclipsaba con su belleza natural al resto de chicas de más alta condición social cuyos trajes, velos y calzado no bastaban para evitar que el espectador desplazara instintivamente la mirada hacia ella en las escenas de conjunto. María era de esas mujeres que, sin ser especialmente bella, resultaba tremen-

damente atractiva: rasgos un poco duros, ojos rasgados, llamativos, hipnotizadores; boca amplia, de sonrisa franca y abierta, aunque hoy no fuera uno de sus mejores días. Si su cuerpo le había llamado la atención no era solo por la rotundidad de sus formas, en la que destacaban unos hombros de actriz —por eso era por lo que le había recordado a Sofía Loren. En aquella época dorada del cine, todas las actrices tenían unos hombros preciosos. A fin de cuentas, era lo máximo que podían mostrar—, sino por la fuerza que emanaba de su presencia: una de esas mujeres capaces de echarse a las espaldas una familia, un hostel y todo lo que se pusiera por delante.

*

María llegó a casa. No habría más de veinte metros desde el hostel. Esa era siempre una ventaja que le permitía, con poco esfuerzo y la confianza en los clientes, abandonar el local para dedicarse a las labores hogareñas. Pedro y Marcos, con sus ocho y seis años, todavía exigían cuidados y la pelea diaria de sacarlos de la cama que se prolongaba con el aseo, el desayuno interminable, la ida a la escuela, preparar la comida, vuelta al colegio, regreso, la merienda, los deberes, la colada, la cena... Su marido, Antonio, trabajaba asalariado en una explotación ganadera y salía temprano, que las vacas necesitaban del ordeño sin falta. Estaba un tanto retirada del pueblo e iba en coche para volver a casa a comer y no perder mucho tiempo en los desplazamientos. El rato que estaba por

allí se encargaba de dar una vuelta por el hostel mientras María preparaba la comida.

Alberto le había gustado. Desde que lo vio entrar por la puerta del hostel. Alto, pero sin pasarse; si reclinase la cabeza sobre él, caería a la altura de sus hombros sin ningún esfuerzo. Como su Antonio era bajo, eso no lo podía hacer... Acostumbrada a los tipos que se veían por la zona —fuertes, robustos, redondeados por el trabajo físico—, la silueta de Alberto podría parecer la de un «tirillas», pero no, ¡qué demonios! Normal... ¿Normal? ¡Extraordinario! Aunque tuviera los músculos más flojos...

—María, date prisa, ¡qué los chicos ya tienen hambre!
—Antonio miraba la televisión.

—Digo yo que podías ayudar un poco poniendo la mesa... —María seguía pensando en Alberto. Le atraía su porte y educación. También venían veraneantes con buenas ropas y ese lustre que tiene la gente que ha sido rica toda su vida. Pero en Alberto la elegancia tenía un aire distinto... Más espontáneo, natural y sencillo.

—¿Llegó el que venía de Madrid?

—Sí, esta tarde. Lo he dejado con la cena.

—¿Se quedará algún día más?

—¿Y cómo quieres que lo sepa?

—Eso se pregunta. Un día más de habitación siempre viene bien. ¿Tiene pinta de tener dinero?

—¿Pero qué mosca te ha picado?

—A los camioneros no les vas a sacar más que lo de siempre. Si este es más señorito, le puedes preparar unos platos de carta, que seguro que los paga.